

ARCHIVO VALLEJO

Revista de Investigación del Centro de Estudios Vallejanos

Vol. 1, n.º 2, julio-diciembre, 2018, 123-139

ISSN: 2663-9254 (En línea)

DOI: 10.31381/archivoVallejo.v1n2.5160

Antenor Orrego y César Vallejo. Tres momentos de una amistad¹

Antenor Orrego and César Vallejo. Three
moments in a Friendship

FRANCISCO TÁVARA CÓRDOVA

Centro de Estudios Vallejanos

(Lima, Perú)

fatavara@gmail.com



RESUMEN

En este artículo se presentan algunas reflexiones sobre la formación de la amistad entre César Vallejo y uno de sus primeros estudiosos: Antenor Orrego. A partir de un proceso que tiene por lo menos dos momentos fundamentales: la afirmación y la confirmación, procuraré explicar tres momentos claves en la forja de la amistad entre ambos y precisaré cómo esta fue determinante en la creación de la poesía vallejana.

1 Este artículo fue leído como ponencia en el Congreso Nacional «Me moriré en París con aguacero: 80 años de la desaparición de César Vallejo», evento realizado en Lima los días 16 y 17 de abril en el Centro Cultural de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Palabras clave: César Vallejo, Antenor Orrego, crítica literaria, poesía, amistad.

ABSTRACT

This article presents several reflections regarding the formation of the friendship between César Vallejo and one of his first scholars: Antenor Orrego. Using a process that has at least two fundamental moments, the affirmation and the confirmation, I will try to explain three key points in the forging of a friendship between the two. I will also determine the way in which this friendship was decisive in the creation of Vallejo's poetry.

Keywords: César Vallejo, Antenor Orrego, literary criticism, poetry, friendship.

Recibido: 17/04/18 Aceptado: 30/07/18 Publicado *online*: 22/12/18

*Cada vez que el denuesto, la mofa estólida, la injuria
y hasta el insulto procaz le agredían [a Vallejo], el
poeta solía repetir sonriendo ante el coro de amigos,
con cierto gracioso, irónico y fraternal reproche:
—De todo esto el único culpable es Antenor.*

ANTENOR ORREGO

1. INTRODUCCIÓN

Estos últimos cuatro años no han sido los mejores para los vallejistas. En agosto del año 2014, justo cuando un grupo de amigos estábamos reunidos para finiquitar algunos temas del Congreso Internacional Vallejo Siempre (2014), nos llegó la noticia de la muerte del notable vallejólogo David Sobrevilla (1938-2014). Pero este duro acontecimiento era el inicio de otras dos desapariciones de intelectuales cuyas enseñanzas perdurarán en muchos de quienes leímos sus obras y gozamos de su amistad. Uno de ellos es Max Silva-Tuesta (1935-2016) y el otro es el destacado vallejista italiano Antonio Melis (1942-2016). A Sobrevilla le debemos todos los lectores el registro riguroso de gran parte de la bibliografía crítica sobre Vallejo, además de sus finas interpretaciones sobre la huella ideológica en la poesía del vate universal. Es imposible emprender un trabajo serio sobre Vallejo sin consultar sus numerosas publicaciones al respecto. A Silva-Tuesta, los vallejianos le agradecemos por su provocativa clasificación de los estudiosos de la vida y la obra del vate santiaguino, recordarán ustedes términos como «vallejistas pioneros», «vallejianos», «vallejólogos», «vallejófilos», «vallejólatras», «vallejogogos», «vallejoclastas», «vallejocidas», «vallejócratas» y «vallejistas bisiestos» (1994: 397); y a Melis lo tendremos siempre presente por sus profundos estudios sobre lo que podríamos considerar el triunvirato de intelectuales que

forjaron una manera distinta de ver el Perú, me refiero a José Carlos Mariátegui, José María Arguedas y César Vallejo.

Evocar la memoria de estos tres vallejistas no es un ejercicio vano, toda vez que pretendo sugerir que comprendamos una idea fundamental como lectores de la obra de Vallejo: todas las aproximaciones que realicemos a su obra, todas las reflexiones que nos susciten sus versos, su narrativa, su teatro o las crónicas que escribió desde París o Rusia, tienen que ser cotejadas con lo que estos y otros grandes vallejistas escribieron.

Estoy convencido de que resulta crucial confrontar nuestras ideas e intuiciones con las de los estudiosos que nos preceden. Solo de este encuentro dialéctico que reconoce el trabajo intelectual realizado antes que nosotros, surgirá el nuevo saber. Los vallejistas que han partido para encontrarse con Vallejo son nuestros obligados interlocutores, revisar sus textos, comprender sus conceptos, ampliar y enriquecer sus hallazgos tiene un doble valor, por un lado, define un modo responsable de introducirse por la obra de Vallejo y, por otro, un modo de honrar el legado intelectual que nos dejaron.

En tal sentido, quiero presentar, en esta oportunidad, algunas reflexiones sobre la forja de la amistad entre César Vallejo y uno de sus primeros estudiosos: Antenor Orrego. Una de las entradas del *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua* define la palabra «amistad» como el afecto personal, el sentimiento puro y desinteresado que se comparte con otra persona; se trata de un conjunto de sentimientos positivos que se fortalece con el trato y el discurrir del tiempo. Dicho de otro modo, la amistad es un *proceso* de nacimiento y fortalecimiento de lazos afectivos; un *proceso* que tiene por lo menos dos momentos fundamentales: la *afirmación* y la *confirmación*. A partir de este doble movimiento procuraré explicar tres momentos claves en la forja de la amistad entre César Abraham Vallejo Mendoza y Antenor Orrego.

2. LA REVELACIÓN DE LA AMISTAD

Antes de conocer a Vallejo, la trayectoria intelectual de Orrego había sido refrendada más allá de Trujillo no solo por la publicación de sus artículos en periódicos y revistas del continente, sino sobre todo porque su trabajo «El arte moderno» había ganado el prestigioso premio de ensayo otorgado por el diario limeño *La Nación* (1913); se trata del mismo concurso famoso donde el cuento «El Caballero Carmelo», de Abraham Valdelomar, obtuvo el primer premio. En uno de los pasajes de su libro testimonial *Mi encuentro con César Vallejo* (1989), Orrego relata que por esta y otras virtudes intelectuales, Vallejo le solicitó a Víctor Raúl Haya de la Torre que los presente. Y así ocurrió.

Este suceso es el que inaugurará la amistad entre el joven Vallejo que escribe versos y el prestigioso intelectual. El primero le otorgó sus poemas para que el segundo le diera una opinión crítica. En su evocación, Orrego dice:

Parecía un chiquillo delante de su juez que había sorprendido el secreto recóndito de sus entrañas. ¡Nunca olvidaré! ese candor traslúcido en que un alma juvenil se entrega a otra alma, sin palabras, sin gestos, con un silencio profundo y tenso, casi patético a fuerza de simplicidad [...] por mi parte, yo estaba, también, conmovido hasta el fondo más radical de mi ser balbuceante, con palabras tajadas por filos invisibles, rotas, por momentos, comencé a hablar (1989: 45).

La escena transcrita es el preámbulo de una experiencia mayor. Fíjense en las palabras que tiene Orrego para describir este encuentro entre el «aspirante» a poeta y el crítico. Las palabras que emplea Orrego denotan una experiencia espiritual, aquella que trasciende la materialidad justamente por ser de revelación interior. Ambos son contemporáneos. Ambos nacieron en 1892.

Vallejo el 16 de marzo y Orrego el 22 de mayo. Uno en Santiago de Chuco, Trujillo; y el otro en Santa Cruz, Cajamarca.

El recuerdo que atesora Orrego ha guardado aquella experiencia como el nacimiento de una profunda amistad, que se anuncia como una experiencia extraordinaria, irrepetible, única; dice Orrego: «Ambos supimos, desde el primer instante, que íbamos a ser *amigos de toda la vida*. Lo supimos por esa intuición juvenil que nos alumbra, a veces, desde el futuro, panoramas enteros de nuestra propia existencia» (1989: 42, nuestras cursivas).

Téngase en cuenta que la motivación que tiene Vallejo para aproximarse a Orrego es la propiamente literaria, él respeta su trayectoria y prestigio intelectual, por ello le ofrece algo íntimo y personal: sus poemas. Pero en el transcurso de esta experiencia ocurre aquel acontecimiento compartido sobre la amistad imperecedera. Las palabras de Orrego que acabamos de reproducir contienen la idea de amistad como un tipo de revelación afectiva producto del encuentro entre dos personas.

¿Ello quiere decir que Orrego será condescendiente o permisivo a la hora de opinar sobre los poemas que Vallejo le muestra? Una equivocada idea de amistad como relación permisiva y complaciente puede hacernos pensar que Orrego celebrará los poemas que se le han encargado valorar. En otras palabras, ello supondría que su condición de amigo le estaría acortando la percepción objetiva de los hechos. Leamos lo que Orrego le dice:

—César, he visto a través de tus versos barrenando, diré, las paredes literales de tus palabras escritas, *la posibilidad de un poeta extraordinario, pero a condición de que te esfuerces por alcanzar la fuente más auténtica de tu espíritu*. Luego, debes expresar lo que allí encuentres con tu propio y más genuino

estilo personal que tienes que crearlo, porque traes algo que es absolutamente nuevo. *Si fueras cualquier otro poeta*, te aconsejaría que publiques, sin pérdida de tiempo, un libro, que te traería prestigio y aplausos inmediatos. Pero, *contigo debo tener máxima exigencia*, aquella que mi *responsabilidad* me dicta este momento. Olvídate de estos versos y ponte a escribir otros durante los meses de vacaciones, concentrándote resueltamente en ti mismo. Debes tener la seguridad que *posees algo que nadie ha traído hasta ahora a la expresión poética de América* [...] El poeta no me dijo nada. Lo intuí recogido sobre sí mismo y, hondamente conmovido (1989: 46, nuestras cursivas).

Este pasaje explica el resultado del examen crítico que Orrego comunica a Vallejo. También devela una escena en la que el crítico literario interactúa con el poeta. Lo complejo de la interacción está en el hecho de que entre ambos media la amistad, esa especie de lazo espiritual que les inspira un tipo de sentimiento fraternal. Pese a ello, en la extensa cita no existe alguna palabra que sugiera indulgencia. Podemos deducir que el juicio de Orrego es honesto.

Los detalles del sentimiento afectivo mutuo hacen pensar que Orrego no será objetivo en su veredicto. Pero nos equivocamos, pues si leemos detenidamente podremos advertir que no solo se trata de comunicar al poeta qué es lo que tiene que hacer para corregir y mejorar los versos; claro que no se trata de un consejo despersonalizado y extraído de una enciclopedia de crítica literaria; las palabras de Orrego hacen alusión a la *exigencia* que le suscita el hecho de que se trata de un *amigo* a quien tiene que aconsejar, y no como se precisa aconsejar a «cualquier otro poeta» (1989: 46).

La idea de *amistad* que se desprende del testimonio de Orrego no tiene nada que ver con una interacción permisiva fundada en el irrespeto de normas y protocolos éticos de comportamiento; la

idea que se infiere del extenso pasaje es la de una amistad regida por una ética de esfuerzo y entrega. No leemos de otro modo el hecho de que en el pasaje en mención se exija que Vallejo se dedique a escribir otros versos, y no los que entregó para evaluación toda vez que no son trascendentes ni tienen signos de originalidad; la voz del amigo le exige expresamente un «propio y más genuino estilo» (1989: 46). A estas palabras acompañan otras que denotan el imperativo y el deber que tiene Orrego con Vallejo en términos de «máxima exigencia» y alto grado de «responsabilidad» (1989: 46).

Estos cuadros testimoniales sobre el encuentro de Orrego y Vallejo son una primera muestra de cómo la amistad surge como un acontecimiento inédito. Vallejo se acerca a él para que juzgue sus versos. Orrego los quiere aquilatar. Pero dicha interacción mediada por la palabra poética hace que florezca la amistad. Es cierto, se trata de un sentimiento compartido que se fortalece desde el primer momento, puesto que, en nombre de la amistad, es decir, de la responsabilidad que la hace posible, Orrego no le miente a Vallejo respecto a su poesía. Le exige mayor originalidad. Tampoco es mezquino en reconocer que algunos poemas son buenos, e incluso que podrían ser celebrados, pero evaluando la fuerza expresiva y el poder transformador de su verbo, le exige una voz propia.

3. LA AFIRMACIÓN DE LA AMISTAD

Ocultos detrás de las iniciales «J. V. P.» y «Lloque Va», unos «intelectuales» trujillanos escribieron en *La Industria* algunos artículos donde se burlaban de la poesía de Vallejo. Sobre todo, haciendo escarnio de unos giros gramaticales que el poeta empleaba en sus poemas, que habían comenzado a circular en las páginas de la prensa nacional. Si para alguien resulta extraño saber que se escribía en contra de nuestro vate, entérese de que

además de la frase «tonterías poéticas», de Clemente Palma, refiriéndose a la poesía de Vallejo en la revista limeña *Variedades*, existieron algunos otros denuestos en Trujillo. El rostro visible que les hizo frente fue Antenor Orrego. En un par de publicaciones fechadas en los meses de julio y agosto de 1917 en el diario *La Reforma*, de Trujillo, Orrego escribe:

No es del caso tomar en serio los plebeyos chistes de mal gusto, la miopía de cretino y las reverendas majaderías de que se hace gala en el artículo [...] solo queremos reiterar nuestras protestas de adhesión y simpatía intelectual, al joven poeta, que ha sido atacado con tanta incomprensión, con tanta ceguera y con tanta sordidez y malignidad de espíritu. Mientras Vallejo recibe el aplauso de poetas como Eguren y sus versos se reproducen en los periódicos de Lima y del extranjero, en Trujillo, un escritor anónimo, crítico de gramática y frases aisladas [...] enemigo por incapacidad mental de toda selección de espíritu, ataca con pedantería de domine a Vallejo (1917a: 2).

Es el año 1917. Orrego está inscribiendo la afirmación o la defensa de la amistad; se trata de uno de los primeros momentos, después de la evaluación crítica de los borradores de Vallejo, donde se hace visible una toma de posición, si bien amical, también crítica y objetiva, es decir, despersonalizada y más propiamente a favor de la poesía; una defensa en nombre de la «nueva» estética que Vallejo simbolizaba. Este artículo en el que Orrego actúa como «abogado» del joven poeta se publicó en el mes de julio; pero no es el único, leamos el del mes de agosto:

De nuevo el analfabetismo literario, la pobreza de espíritu; la malevolencia anónima y la mezquindad que se oculta, detrás de un seudónimo, por cobardía, la supina y bachillerescas ignorancia de un mentecato, oficiando de crítico literario, pretende ingenuamente, con zafia ironía, zaherir a César Vallejo [...] a los

que seguimos y alentamos con simpatía y plena comprensión su labor literaria, nos importa un ardite los denuestos y la bellaquería despampanante de tres o cuatro zoilos, de hollinada mentalidad, que pretenden pontificar sin saber de la misa la media (Orrego 1917b: 2).

El estilo expositivo de ambos pasajes es el de litigio y defensa. Orrego hace ver el error en que caen quienes critican a Vallejo. En principio exige que la polémica con el cuestionado poeta se realice sincerando nombres propios, y no escudándose en la invisibilidad del anonimato. También sugiere, casi como procedimiento metodológico, no analizar el poema aisladamente, es decir, cogiendo palabras y tomándolas en sus significados referenciales, sino como palabras que integran versos que apelan al sentido simbólico. En ambos escenarios de defensa argumentativa y lección procedimental, Orrego deja ver su creencia en el quehacer artístico de Vallejo.

Recordemos que el cuadro inicial donde Orrego testimonia cómo se conocieron nos colocó frente a una escena de presentación de poemas y evaluación crítica de los ellos. En estas dos últimas citas se observa una toma de posición en nombre de la valoración crítica, pero sugiere también la *afirmación* de su amistad, toda vez que para Orrego la poesía de Vallejo es digna y admirable. Decir falsedades o inexactitudes sobre su poesía es como si se estuviese injuriando el trabajo del amigo. En tal sentido, la defensa de Orrego es una muestra de afirmación de la amistad, pero no solo subjetiva y personal, sino invocando una valoración objetiva y crítica sobre la poesía de Vallejo; su gesto puede leerse como un llamado de respeto por la honra artística del amigo. Se trata de una actitud de valentía y franca amistad que combate la miopía crítica que no puede ver la genialidad y originalidad de un verdadero creador.

Precisamente con motivo de la publicación de *Los heraldos negros* (1919 [1918]), Orrego propone la siguiente reflexión:

El más grande elogio que puedo hacer de este poeta [Vallejo] es decir que al entrar en su libro me he encontrado con una nueva versión de la vida, con una inédita interpretación de la naturaleza, con una insospechada traducción de la conciencia universal. Vale tanto como decir que ha enriquecido mi sensibilidad con un nuevo temblor, que ha regalado a mi corazón una hasta entonces ignorada vibración melodiosa.

El poeta de *Los heraldos negros* no es un preciosista remilgado y ocioso, no es de esos orfebres desmasculinizados y meticulosos que repujan penosamente, chismes, baratijas y filigranas líricas. Le falta tiempo para sentirse vivir, no tiene ánimo, ni paciencia, para ocuparse en naderías (1919: 2).

Existe una constante en estos alegatos públicos de Orrego. Desde el primero, fechado en 1917, hasta el que acabamos de leer de 1919. Un par de años entre uno y otro. Dos años donde se insiste en la *afirmación* de la amistad. Si lo entendemos, esta ocurre no porque se busque celebrar el hecho, sino más bien porque existe de por medio una crítica injusta (no objetiva ni rigurosa) hacia el poeta. Y en lugar de permanecer en silencio o indiferente frente a los hechos, el amigo (el crítico, el intelectual) enristra la pluma para encarar a los anónimos acusadores o «críticos»; lo mueven a proceder de ese modo, la verdad y la amistad. O quizás debiera decir: la amistad verdadera, esa a prueba de todas las pruebas.

4. LA CONFIRMACIÓN DE LA AMISTAD

Cuando dijimos al inicio que concebimos la amistad como un *proceso*, lo hacíamos pues creemos que esta atraviesa por diversos momentos que la enriquecen y fortalecen. Hemos explicado que la *afirmación* es la etapa inicial donde los amigos

logran vencer determinados escollos para afirmar su amistad. La toma de posición de defensa que hemos visto asumir a Orrego es ilustrativa respecto a este momento inicial. No obstante, la amistad como proceso no termina ahí. La *confirmación* es el otro gran momento en el que la amistad se define completamente. La amistad de Orrego y Vallejo tiene numerosos pasajes donde se percibe esta confirmación. No detallaré todos esos momentos, solo incidiré en uno que me parece una prueba de fuego, se trata del ocultamiento de Vallejo tras la acusación de haber participado del incendio de una casa comercial en Santiago de Chuco. Recuerda Orrego que esta noticia le produjo una impresión muy penosa por «verse el nombre de [su] amigo envuelto en percance de tan vulgarísimo jaez» (1989: 66). Pero la pena que le embarga no lo imposibilita de ayudar a su amigo, pues a quien primero recurre Vallejo en este momento tan difícil es a él. Según cuenta Orrego: «Una noche el perseguido tocó mi puerta. Vivía yo con mi sobrino, Julio Gálvez Orrego, en un ambiente de silvestre simplicidad, en la rústica casa de campo [en Mansiche]. Ambos le acogimos con afecto conmovido y compartimos con él nuestro magro pan y nuestro modesto e incómodo techo» (1989: 66).

Debe llamar la atención que Orrego escriba «perseguido», y no solo amigo. Pensamos que lo hace para remarcar que, pese a saber que es un prófugo de la ley, y lo que esto significa para alguien que oculta a uno, le otorga refugio. Esta *confirmación* de la amistad se sustrae de lo literario y se posiciona en el gesto humano de socorrer y cobijar al necesitado: la verdadera amistad supera esta especie de prueba de fuego. Sin embargo, tratándose de un asunto legalmente complejo, los hechos no quedan ahí. Comenta Orrego que Vallejo dejó su casa para ir a entrevistarse con el abogado Andrés Ciudad, y al parecer por una delación, la policía tenía la información de que Vallejo estaría ahí en casa del abogado, lugar donde lo apresan:

Al día siguiente pude visitar al poeta ya en la cárcel [...] me sacudió un vuelco angustiado, *como si me hincaran el corazón con un hierro*. Dolíame verle en *condición tan desdichada y miserable* [...] el *prisionero* estaba abrumado por la desdicha. Sentíase infamado y cubierto de ignominia. Sabía que en la calle tenía *enemigos frenéticos*, que harían todo cuanto les fuera posible para perderlo [...] intenté apaciguarlo como pude [...] le prometí, con *vivo afecto*, hacer por él todo lo que estuviese en mis manos y que *no omitiría ningún esfuerzo para salvarlo* de la situación en que se encontraba. Me dijo palabras de agradecimiento y añadió:

—*Solo confío en ti, Antenor, no me abandones* en estos momentos.

Y tras una pausa dolorosa, añadió:

—*Las otras gentes huirán de mí como de unapestado* (Orrego 1989: 72, nuestras cursivas).

Este fragmento es suficientemente expresivo de lo que buscamos dar a entender con la idea de *confirmación* de la amistad. Orrego no solo se ve afectado al encontrar a su amigo en una condición dramática tras perder la libertad; no solo se solidariza con él, sino que sus palabras se traducen en hechos, pues dice que hará todo para liberarlo. Vallejo no es indiferente a esa manifestación. Es más, el poeta sabe que Orrego es el único *amigo verdadero* que tiene en esa penosa circunstancia, pues le dice que «otras gentes» (¿acaso «amigos»?) huirían de él, es decir, no lo ayudarían, no le extenderían la mano para apoyarlo. Y Orrego, como verdadero amigo, cumpliría su palabra:

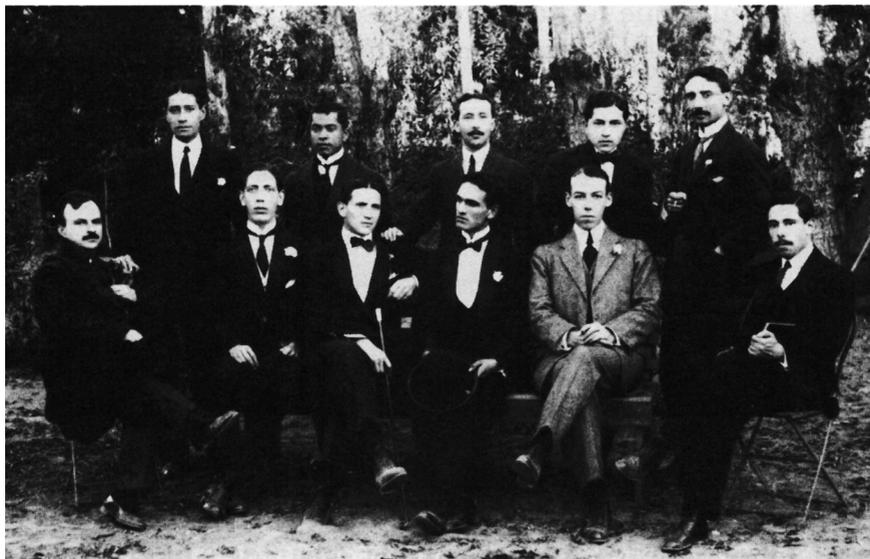
Desde el día siguiente *todos los amigos del poeta nos pusimos a trabajar para librarlo de la prisión*. Se escribió a Lima, Arequipa, Chiclayo, Cuzco, a varios otros lugares, pidiendo la adhesión de escritores, periodistas, artistas y universitarios en favor del poeta que honraba la nación [...] Pronto se produjo un vasto movimiento

nacional. Se pronunciaron los escritores de Lima. Luis Alberto Sánchez actuó con enérgico dinamismo [...] después de algún tiempo de persistente lucha, al fin, logramos nuestro propósito. El ministro de Justicia, Barros, pidió, ordenó, más bien, en cierta manera, la libertad del prisionero. Arrancamos, casi de las manos, al fiscal del tribunal de Trujillo, doctor Francisco Quiroz Vega, que admiraba también al poeta, la orden escrita. La llevamos nosotros mismos, al alcaide del establecimiento penal y el poeta salió de la prisión, cuando no lo esperaba, *en brazos de sus amigos* (Orrego 1989: 72-73, nuestras cursivas).

De este testimonio de Orrego se deduce que existen numerosos amigos de Vallejo. La fuerza y la perseverancia de estos, cual masa, hacen que la suerte legal del poeta se transforme para bien. Queremos ver detrás de todas estas gestiones algunos rostros muy cercanos a Vallejo, pero sobremanera divisamos a Orrego, en primera fila.

CODA

Quiero cerrar mi intervención comentando dos hechos de intensidades distintas, pero reveladoras del sentido y maduración de la amistad. Uno es fotográfico y el otro propiamente literario. El primer hecho data de 1916, dos años después de que Orrego entabla amistad con Vallejo. El segundo pertenece más bien a los primeros años de la década de los veinte. El primero es una de las clásicas fotografías que existe sobre algunos integrantes de la Bohemia de Trujillo. Sentado en primera fila, casi al centro, con la mirada un poco esquiva y distraída del disparador fotográfico, está Vallejo; y en la segunda fila, de pie y justo detrás de él, Orrego. Pienso que esta ubicación es bastante expresiva de la actitud que desde un inicio anima la amistad entre ambos, es decir, una amistad que no es solo de palabras, sino también de acciones, dos elementos que se han mostrado en ambos como



Algunos integrantes de la Bohemia de Trujillo hacia 1916. Vallejo aparece sentado en el medio y detrás de él, Orrego.

muy pocas veces se pueden encontrar juntos e indisolubles: su amistad se expresa en palabras y se manifiesta en acciones.

Esta actitud tiene un punto culminante que podemos ver en el siguiente hecho de carácter literario: se trata de la consagración del proceso de la amistad entre Vallejo y Orrego, y se plasma en el prólogo de *Trilce* (1922), poemario que revolucionará la poesía escrita en español, Orrego escribe:

Y ahora, el público que me permita retraerme para hablar en voz baja la palabra final, para secretar, *ternuras al hermano*:

Canta tus ritmos divinos, querido; cántalos siempre para que se abracen y se glicen como lianas a mis pensamientos; para que mis lágrimas, y mis alegrías y los más escondidos secretos de mi corazón, cuando busquen palabras para incorporarse, encuentren las tuyas, frescas edénicas y vivas; canta tus ritmos para que en la hora en que me suma en el mar de sombra y de

callado imperio, me alargues tu mano musical, *hermano* (1922: XV-XVI, nuestras cursivas).

Las palabras de Orrego no deben interpretarse como un derroche de subjetividad. Recordemos que fue él quien acompañó a Vallejo en muchas de sus experiencias vitales y poéticas; lo hemos visto triste con los dramas del poeta, pero también lo vimos alegre con sus logros, incluso fungió como abogado vallejiano, pues defendió ferozmente al poeta cuando lo atacaban, es decir, no hay mayor autoridad para hablar de Vallejo que este amigo suyo. Así lo deja claro el propio Vallejo en el epígrafe citado al inicio del texto: «De todo esto el único culpable es Antenor». Efectivamente, la amistad entre ambos era un sentimiento compartido.

Finalmente, debo destacar una palabra que Orrego menciona en el prólogo de *Trilce*. Se trata del empleo, por vez primera, de la palabra «hermano», esta aparece al comienzo y al final del prólogo. Consideramos que Orrego es consciente de este proceso de afirmación y confirmación, por ello, en el prólogo que le encarga Vallejo, no duda en escribir lo que a nosotros como lectores nos queda claro después de haber escuchado cada una de las experiencias que les ha tocado vivir, no hay duda de que la amistad entre Orrego y Vallejo está mediada por la hermandad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ORREGO, Antenor (1917a). «La justicia de Jehová». *La Reforma*. Trujillo, 26 de julio de 1917, 2.

_____. (1917b). «Un crítico simbolista». *La Reforma*. Trujillo, 9 de agosto de 1917, 2.

_____ (1919). «La gestación de un gran poeta. A propósito de *Los heraldos negros* de César Vallejo». *La Reforma*. Trujillo, 6 de agosto de 1919, 2-3.

_____ (1922). «Palabras prologales a *Trilce*». En VALLEJO, César. *Trilce*. Lima: Talleres Tipográficos de la Penitenciaría, III-XVI.

_____ (1989). *Mi encuentro con César Vallejo*. Lima: Tercer Mundo.

SILVA-TUESTA, Max (1994). «Tipos de vallejistas». En CORNEJO POLAR, Jorge y LÓPEZ DEGREGORI, Carlos (eds.). *Vallejo. Su tiempo y su obra*. T. I. Lima: Universidad de Lima, 397-410.

VALLEJO, César (2017). *Iconografía*. Edición de Carlos Fernández y Valentino Gianuzzi. Lima: Academia Peruana de la Lengua, 18-19.